

# POETAS DE COLOMBIA

## LUIS C. LÓPEZ

Otras poesías del libro inédito que posiblemente se edite en Costa Rica.

### FABULILLA

...Y aquel gran tigre cebado,  
que con saña se comía  
—de noche y a pleno día—  
los burros de mi cercado,

se murió... Todo el ganado  
solípedo le temía  
cual teme la burguesía  
la zarpa del potentado...

Tigre viejo, sabio y fuerte,  
que a muchos asnos dió muerte  
y se murió como en broma,

para que más de un jumento  
clamase con sentimiento:  
¡Murió como una paloma!

### IN MEMORIAM

A SOTO BORDA  
† 1919.

¡Oh, si pudiera, noble camarada,  
darte de mi jardín rosas hermosas  
y olorosas!... Pero ¡ay! si ya mis rosas  
me las comí hace tiempo en ensalada.

¿De qué vale hoy regar tumba regada?...  
Tu madrecita en tardes dolorosas,  
te pondrá—como frescas mariposas—  
lo que no ha de poner mi carcajada...

Sin embargo, donoso compañero,  
casi me duele el corazón... Y quiero  
recordar aquel rancio ventorrillo,

donde te conocí vencido y fuerte,  
y donde me dijiste al conocerte:  
—Sirve un trago y me das un cigarrillo...

### A UN BODEGÓN

¡Oh, viejo bodegón, en horas gratas  
de juventud, qué blanco era tu hollín,  
y qué alegre, en nocturnas zaragatas,  
tu anémico quinqué de kerosín!...

Me parece que aun miro entre tus latas  
y tus frascos cubiertos de aserrín,  
saltar los gatos y correr las ratas,  
cuando yo no iba a clase de latín...

¡Pero todo pasó!... Se han olvidado  
tus estudiantes, bodegón ahumado,  
de aquellas jaranitas de acordeón...

No vale hoy nada nuestra vida!... ¡Nada!  
Sin juventud la cosa está fregada,  
más que fregada, viejo bodegón!...

### ¡OH, MARAVILLA!

La altivez de la vela,  
la firmeza en la quilla,  
y el blancor de la estela:

¡Oh, maravilla!  
El aliento yodado  
que trasciende a la orilla,  
y este oro derramado:

¡Oh, maravilla!  
La emoción del poeta  
con su alma sencilla  
en la tarde violeta:

¡Oh, maravilla!  
Y en esta hora musical,  
bajo la luna, el agua brilla  
en un estuche de cristal:

¡Oh, maravilla,  
¡oh, maravilla elemental!

ARTURO TORRES RIOSECO  
(Chileno)

### NOCHE SEÑERA

La luna es un medio mamey: asoma  
detrás de la perilla  
de un mirador. Y el faro  
con brusquedad insólita hace guiños.

La silueta de un perro,  
fugitiva y elástica, en un muro  
da ódicamente un salto...  
Y esto asombra en la calle a un policía.

Y en la noche señera, en el silencio  
de la ciudad levítica, obsesiona  
y pide una pedrada  
la impertinencia erótica de un gato.

### PARA VUESA MERCED

«Como dixo Aristóteles,  
es cosa verdadera...»

ARCIPRESTE DE HITA.

Pesia mí que non porto sino dieta  
para Vuesa Merced. Algüen me fizo  
bachiller, zascandil, anacoreta,  
dándole a mi yantar poco chorizo.

Duéleme situación tan incompleta,  
porque a la fin, en acuitado hechizo,  
tórnome patizambo sin muleta  
y con amén de uñero y panadizo.

Mas sabed, item más, señora mía,  
que mi amor, aunque mi ánima es agreste,  
non trata de facer cosa fullera.

pues con la mi cuaresma en alcancia,  
iqué ha de haber—según dixo el

[Arcipreste—  
juntamiento con fembra placentera!

## LOS CUENTOS DEL REPERTORIO

### Una del montón

POR LUIS TABLANCA

DE qué covacha humildísima, salfa?  
¿De qué zaquizamí del Paseo de  
Bolívar? ¿De qué tugurio de las faldas  
del Guadalupe? Oyéndolo de sus labios,  
que no fueron parcos en el mentir, no  
era de cueva ni cosa parecida sino de  
un cuartito muy aseado y muy cuco,  
donde tenía instaladas holgadamente  
su mesa de aplanchar, su hornillo para

calentar la plancha, su cama y su  
baúl; un poco apartado del centro pero  
en provecho suyo, pues gozaba de aire  
puro y de tranquilidad para el trabajo.  
Satisfecha de que se le creyera lo que  
decía terminaba siempre con una son-  
risa. ¿Y para qué contradecirla? Cerca  
o lejos, bonita o repugnante, lo cierto  
era que de su vivienda misteriosa Cor-

nelia salía puntualmente los sábados,  
abrumada bajo una carga de talegos  
llenos de ropa para entregar, limpia  
como la nieve. Honrada como nin-  
guna, jamás quiso marcharse antes de  
que se confrontaran las piezas con el  
apunte. Sus manos requemadas, casi  
negras, donde las venas eran como  
gruesos cables bajo la lustrosa piel,  
tomaban las camisas y hacían notar la  
nitidez con que las entregaba:

—Ni extranjeras, advertía, ni ex-  
trajeras las tendría usted mejores.  
Vea qué brillo de pechera, es un  
espejo.—Y reía mostrando su denta-  
dura completa, de piezas un poco  
amarillas y largas.

—¡Ah! Tienes dientes postizos!

—Recuerdo de uno de mis hijos, que  
me la hizo cuando estudiaba la den-  
tistería. Más de veinte años hace y  
está como el primer día.—Y después